

blicada aquí o allá. Esa edición digna y solvente no llegó hasta 1976, de la mano de Gonzalo Sobejano. La otra edición manejada en medios universitarios, la de Martínez Cachero, además de no ser crítica (se limita a reproducir la primera edición), adolece de grandes deficiencias (frecuentemente faltan párrafos enteros) que en lugar más adecuado analizaré.

La historia de las ediciones de *La Regenta* y de su mala suerte hay que llevarla, sin embargo, bastante más atrás. Porque ¿cómo se explica que libro tan excepcional y que tanto revuelo levantó nada más aparecer no se reeditara a lo largo de quince años, entre 1884-85 y 1900? Aquella fecha es la de la primera edición, aparecida en la colección Biblioteca Arte y Letras de la Editorial Cortezo, de Barcelona. La segunda corresponde a la de la edición madrileña de Fernando Fe, prologada por Pérez Galdós. En esta última se indica que se imprimieron 15.000 ejemplares, pero nada sabemos del número lanzado en Barcelona. Por grande que éste fuera, sin embargo, y dado el prestigio de *Clarín* en los años ochenta, no es fácilmente comprensible que no volviera a reeditarse. Pero hasta ahora así parecía. Diferentes pistas, sin embargo, me hicieron sospechar que existiera alguna otra edición ignorada. Esas pistas eran bastante elementales y resulta extraño que no haya reparado lo suficiente en ellas la crítica. Una es evidente. Pérez Galdós, en su prólogo, dice que acogió el encargo de escribirlo con gran interés, pues, y transcribo sus palabras:

«no habiendo celebrado en letra de molde la salida de una novela que hondamente me cautivó, creía y creo deber mío celebrarla y enaltecerla como se merece, en *esta tercera salida* [...]» (El subrayado es mío.)

Sin embargo, don Benito podía haberse equivocado o bien contado como «salidas» distintas las de los dos tomos de Barcelona, que se distanciaron varios meses. Semejante significación para el término empleado por Galdós no es gratuita, pues con idéntico sentido lo emplea el propio *Clarín* en una carta publicada por Adolfo Posada (de 21 mayo 1885) a un amigo, en la que le decía: «Figúrate si me habrá alagado [*sic*] el juicio que te merece mi *Regenta* en su primera salida»; se refiere al primer volumen, ya que líneas después expresa su confianza en que también el segundo le guste «tanto o más».

Mayor interés puede tener el recuerdo de Adolfo Posada, colega de *Clarín* en Oviedo, amigo íntimo y confidente del novelista. Cuenta Posada en su inexcusable biografía de *Clarín* cómo él acompañó a Alas en más de una ocasión a los escenarios en que se iba a desarrollar la novela cuando su autor la estaba escribiendo. Fue, por tanto, testigo de primerísima mano. Y, por lo que aquí me importa, dice que «*La Regenta* al-

canzó un positivo y hasta ruidoso éxito, agotándose la primera edición de varios miles de ejemplares en poco tiempo» (p. 183). Bien pudiera ser que se vendiese rápidamente y no se reeditase hasta 1900 porque alguien tan próximo al escritor hubiera sabido de una nueva edición. Y si lo supo, juzgó innecesario decirlo. Claro que Posada escribió su libro bastante después, en 1946, y su recuerdo podría estar alterado por el paso del tiempo, cosa poco probable, dada la puntualidad de todo su trabajo.

Otro indicio no bien atendido se encuentra en la propia primera edición, en la cual, al final del segundo volumen, se incluye una fe de erratas advertidas «en *algunos ejemplares* del primer tomo» (subrayado mío). Es claro, pues, que se manipuló la primera edición para modificar ciertos ejemplares o cuadernillos sueltos. Se puede comprobar, además, la inexistencia de algunas erratas advertidas en la fe. No es tampoco de este lugar precisar cómo no existe uniformidad en diversos ejemplares en la corrección de las erratas, pues unas han sido modificadas y otras no.

Estos indicios me llevaron a buscar esa edición desconocida. La búsqueda no resultó fructífera en un principio, porque los datos bibliográficos de los libros consultados coincidían con los conocidos. El trabajo de preparación de una edición crítica me impulsó a confrontar diversos ejemplares de la primera edición, con un sorprendente hallazgo. En esos ejemplares se habían introducido modificaciones, algunas de singular relieve. Por ejemplo, en un determinado momento, *Clarín* dice que «algunos viven como miserables, pero lo mismo hace el señor Carraspique y ése es millonario». Este nombre es el de uno de los protagonistas de la novela, el cual, como observó Sobejano en su edición, no se caracteriza por ese defecto, aunque sea pródigo en otros. En consecuencia, *Clarín* en la segunda edición cambió ese apelativo por otro muy diferente, Capalleja. Pues bien, esa modificación aparece ya incorporada a algunos ejemplares de la primera edición.

Estos casos son lo bastante abundantes como para descartar una ocasional alteración; así, a veces se ha modificado el complemento de persona (parecerle y parecerla), los demostrativos (este por ese), se ha elegido un término diferente (muchas por serias; frío por soso), se ha alterado el orden de las palabras (podía nadie por nadie podía) o se ha cambiado la puntuación. No me parece oportuno dar ahora nuevos pormenores de esas variaciones, sino ofrecer otra constatación: esa edición diferente no es una más, sino varias, pues las variantes no coinciden al menos en distintas familias, aunque es verdaderamente difícil determinar cuántas son. Todo esto creo que podré precisarlo en la edición de la obra que preparo y que confío en que pueda aparecer el año próximo.

Lo que ahora se puede sostener es que de *La Regenta* no se hizo una sola impresión entre 1884 y 1900. Si en otras épocas no era difícil que el autor vigilara de cerca la composición del libro y que incluso éste admitiera variaciones cuando ya se estaba estampando, semejante supuesto no es fácilmente admisible en el caso de *Clarín*, por encontrarse bien lejos de la ciudad en la que se imprimió. Quizá se podría pensar en una edición pirata que hiciese la casa Cortezo para birlarle al escritor unos derechos que, como él mismo dijo, si no daban para comer, sí ayudaban a cenar (el tímido *Clarín* fue siempre, en cambio, muy exigente con sus derechos económicos). La suposición no es muy lógica, porque sería pensar en un editor a la vez pirata y estulto—cualidades que rara vez coinciden, aunque no sean infrecuentes por separado—, pues las modificaciones descubrirían su malsano propósito. Más fácil es pensar que *Clarín* le enviase paulatinamente esas modificaciones (lo hace suponer la mencionada fe de erratas) y el editor las fuese incorporando mediante nuevas impresiones de los pliegos correspondientes.

Hay que contar, llegados aquí, con un problema nada despreciable, que explica eso que parece poco respeto hacia el manuscrito clariniano o hacia las correcciones que éste introdujera en pruebas; me refiero a la endiablada letra de Alas, martirio de cajistas y amigos epistolares. El mismo era bien consciente de esta dificultad, y en un artículo de 1887 reconocía humorísticamente que por su culpa se habían querido sublevar los cajistas de *El Imparcial*. De esa caligrafía enrevesada se quejaba amargamente su amigo íntimo Armando Palacio Valdés (decía que era «inversíbilmente perversa»), mientras que otro buen amigo, José María de Pereda (según un testimonio rescatado por Marino Gómez Santos) le hablaba del doble atractivo de sus cartas: «el del valor intrínseco y sustancial y el que les presta el esfuerzo gigantesco que se necesita para llegar a descifrar un jeroglífico». No es, pues, de extrañar que esas sucesivas modificaciones se hiciesen necesarias por culpa de la dificultad de comprender lo que *Clarín* escribía.

Lo que ya no es tan comprensible es que el mismo Alas, que con frecuencia se refiere a sus propios trabajos y proyectos—aunque fuera para prometer mucho más de lo que cumplió—, no haya dicho nada de esa desconocida «segunda salida», por volver a emplear las cervantinas palabras de Galdós. Tampoco en el epistolario, al menos en el conocido, y que yo sepa, hay referencias a ello. Ni nada de esto debió de saber Palacio Valdés, que tantas confidencias recibió de Alas, al cual precisamente avisaba en 1888 de que *La Regenta* estaba agotada y que tuviese cuidado por si hacían en una reedición, en una prueba de solidaridad de

autor frente al enemigo editor. Tampoco hay noticia en las cartas, abundantes, cruzadas entre Menéndez Pelayo y Valera.

¿Cuándo se hicieron y qué carácter tienen esas reediciones desconocidas? Por el momento es prematuro ofrecer una respuesta definitiva, que quizá no se alcance jamás. Lo más lógico es suponer que entre 1885 y 1900. La cubierta de la primera edición—con ese bonito grabado presidido por la catedral vetustense—volvió a utilizarse, con inferior calidad en la impresión, en 1908, en una «Segunda edición» de la misma Biblioteca Arte y Letras, ahora a cargo de la Casa Editorial Maucci, pero con una tipografía muy distinta. La misma colección, por consiguiente, ignora la edición de Madrid y no admite que en ella se hayan hecho otras diferentes. Que las hubo, es incuestionable; pero ¿son de verdad ediciones o reimpressiones con modificaciones? Parece que se trata de esto último y que se utilizó siempre la misma composición. No se puede afirmar tampoco de manera tan rotunda, porque hay casos en que, sin ninguna necesidad, se han suprimido acentos o cambiado signos de puntuación, lo que nos lleva a pensar que se compuso la obra de nuevo y que, efectivamente, se trata de ediciones diferentes.

El hallazgo de esta impresión o edición desconocida de *La Regenta* debe llevarnos a pensar—por encima de este hecho particular—en cuántas exigencias plantea el trabajo crítico, textual, sobre obras del siglo pasado, generalmente poco apreciado por quienes se dedican a épocas anteriores. Y debe llevarnos a meditar también en el descuido hispano para con sus mejores autores, de muchos de los cuales carecemos todavía de unas auténticas obras completas, frente a la atención que otros países dedican a sus figuras nacionales. Además, pone en evidencia algo de particular importancia: la voluntad de estilo de *Clarín*. Es bien sabido que Alas escribía con mucha rapidez, y de ello se resienten no pocos ensayos y colaboraciones periodísticas (él mismo decía que a veces parecía que era otro quien escribía). Incluso *La Regenta*, obra de tanta envergadura, la redactó en no muchos meses. Sin embargo, no se olvidó de lo escrito y las numerosas variantes incorporadas demuestran su inquietud por obtener una expresión literaria lo más adecuada y eficaz posible. Así, en la segunda edición procedió a algunos significativos cambios (silueta por perfil, jaco por caballo, por indicar un par de ellos) que muestran esa preocupación por emplear la palabra justa, por expresarse de una forma precisa.—SANTOS SANZ VILLANUEVA (*Blasco de Garay*, 19. MADRID-15).